

SOBRE EUSEBIO RUVALCABA

In mamoriam

Enrique González Rojo Arthur

Conocí a Eusebio Ruvalcaba en los setenta, cuando él cumplía veintitantos años y yo me acercaba a los cincuenta. El que esto escribe era en ese momento profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Tenía a mi cargo por aquel entonces varias materias de filosofía. El profesor Wenceslao Roces -de quien fui ayudante por algún tiempo- me invitó a dar una clase más (de materialismo histórico) en el Colegio de Historia de la misma Facultad.

En cierta ocasión, al terminar mi clase, invité a los alumnos a asistir a un recital de poesía que días después iba a presentar en un salón de la misma Facultad. Eusebio, que era uno de los asistentes a mi curso, decidió acudir a mi lectura y, como me dijo después, se quedó

muy impresionado por ella. “Yo creía que la poesía -me comentó más tarde- forzosamente tenía que poseer un ritmo regular y someterse a los cánones de la rima. Y de pronto, maestro, me encontré, al escucharlo, con que se podía escribir sin sujetarse a la preceptiva tradicional y obtener resultados que podían no obstante ser llamados francamente poéticos. Eso me llevó a escribir, con la libertad que exigía mi espíritu, textos que se separaban del romanticismo y el modernismo y que coincidían con mis inquietudes literarias en formación”. A partir de ese momento, Ruvalcaba se lanzó a escribir con el empeño, la pasión y el entusiasmo con que siempre lo hizo, su primer libro de poemas ***Atmósfera de fieras***. Eusebio escribe el surgimiento de su vocación literaria del siguiente modo: “Definitivamente yo era un perfecto ignorante -más que ahora-, un lector que se había quedado en Juan de Dios Peza. Aquella poesía ultrajante [de EGRA], humorística, desintoxicada, vital, aquella poesía de mi admirado maestro, renovadora y refrescante, me involucró al instante: porque me decía algo, porque me competía, porque me tocaba. Entonces me fui de bruces. Al

momento compré todos los libros que encontré de González Rojo. Me convertí en su lector más devoto y entusiasta. Este descubrimiento, unido a otras circunstancias personales de aquel tiempo, me obligó a escribir”.

Con un poco de temor y un mucho de timidez le entregó el manuscrito al poeta Jaime Labastida para que le brindara su opinión. Labastida, con los eufemismos que se suelen utilizar en estos casos, le dio a entender que el poemario de marras debía ir directamente y sin escrúpulos al cesto de la basura. Eusebio, desencantado, titubeando acerca de su talento, tomó la decisión de conocer una segunda opinión y entonces se acordó de mí y fue a buscarme. El día en que llegó a mi departamento -vivía yo por entonces en la calle de Adolfo Prieto-, me encontraba con una de las manifestaciones de la cefalea o migraña que me aquejara durante lustros y más lustros y a la que he llamado “mi gran araña” o a la que me refería a veces al decir con amargura: ya me agarró “la migra”. Pese a las molestias que me tenían postrado en ese momento, recibí con gusto a mi alumno, le pregunté

por su nombre y la razón por la cual quería entrevistarse conmigo. Él me dijo con voz entrecortada: "me llamo Eusebio Ruvalcaba y me sentiría muy agradecido, maestro, si usted me diera una opinión sobre este puñado de poemas" y me largó su manuscrito. Al oír su apellido, pregunté a Eusebio que cuál era su parentesco con el gran violinista Higinio Ruvalcaba, a quien había escuchado en varias ocasiones y por el que sentía gran admiración. Parece que mi comentario le agradó sobremanera ya que me respondió: "fue mi padre, y a él y a mi madre Carmen Castillo, que es una gran pianista, les debo mi amor por la música y por el arte en general". En los días subsiguientes leí con cuidado los textos de Eusebio y, aunque representaban sus primicias como escritor, me gustaron de tal manera que acepté escribir una nota para la cuarta de forros de su ***Atmósfera de fieras***, libro que se publicó el 30 de junio de 1977. En esta presentación digo, entre otras cosas, que: "Ruvalcaba, este joven poeta de veinticinco años, es un poeta hecho y derecho. No tengo reservas para llamarlo gran poeta". Mi entusiasmo por un escritor que era ya algo más que una

promesa me hizo caer entonces, posiblemente, en una exageración. Pero algo vislumbré en ese momento y mis elogiosas palabras no están exentas de un sentido premonitorio.

En varias ocasiones no he sido muy afortunado con mis amistades literarias. Pero no es el caso con Eusebio. La amistad entre nosotros duró hasta su desaparición. Y es que teníamos multitud de cosas en común: los amores por la música, la poesía, la literatura en general y el gusto inalterable por el perpetuo enigma de las mujeres. Las diferencias entre nosotros eran en realidad de matiz, ya que si mis grandes pasiones son en realidad la poesía y la filosofía, en él creo que son la prosa creativa y la música. En no pocas ocasiones, él escribió sobre mi poesía y yo sobre su producción literaria. Pongo dos ejemplos. Uno de los mejores prólogos escritos sobre mí es el que, con la firma de Eusebio, antecede a mi texto *Memorialia del sol*, y yo, junto con Víctor Roura y Alfredo Leal Cortés, presenté uno de sus libros de poesía: *El argumento de la espada*.

Como dije, Eusebio y yo compartíamos el amor por la música. Él no era propiamente hablando, ni pretendía serlo, un musicólogo a la manera de José Antonio Alcaraz o Pablo Espinosa. Era un apasionado melómano. En este sentido, Ruvalcaba ocupa un lugar originalísimo en las letras mexicanas ya que la música aparece y reaparece en su obra literaria. No sólo en los textos que aluden directamente al arte sonoro como *Pensemos en Beethoven* o *Amigos casi sólo de Brahms*, sino en prácticamente todos los géneros que emprendió y que abarcan la poesía, el cuento, la novela, el ensayo, el periodismo y la dramaturgia. No es de extrañar que ocurra esto cuando leemos frases como las siguientes: “yo escucho música desde antes de nacer. Por eso escuchar la música me regresa a la placenta de mi madre. Mis padres hacían música de cámara cuando yo estaba en el vientre de mi madre. Él al violín, y ella al piano. Así lo hacían. Beethoven, Brahms, Mozart, desfilaron en mis oídos con más fuerza que mis propios berridos”. Y en frase tan elocuente como la anterior asienta: “Yo necesito la música porque la música le da armonía, orden,

estructura a lo caótico. Me da estructura a mí. Impide que me suicide”. Si la música se halla asociada en él con el nacimiento y con la muerte, no puede dejar de aparecer en su producción literaria como elemento imprescindible y constante, cosa que no hace acto de presencia en otros escritores mexicanos.

Un libro crucial, diría simbólico, de la producción de Ruvalcaba es el intitulado *El silencio me despertó*, publicado en 2011 y acompañado de una nota de Evodio Escalante. Me parece un texto muy significativo porque, sin decirlo, es en realidad una especie de diario en que el escritor va anotando sus impresiones sobre las obras literarias que está leyendo, sobre las obras musicales que escucha o sobre las opiniones que le merecen multitud de temas y circunstancias. Abro el libro en uno de sus capítulos y descubro la estructura que establece nuestro autor en la mayor parte de estos breves escritos. El capítulo se llama *Yo-Yo-Ma, magíster* y en él nos habla primeramente del gran chelista de fama universal, de otros chelistas que le vienen a la memoria y de grandes conciertos para chelo como el de Dvorák o el de

Schumann. Después alude a un tema psico-social en que empieza diciéndonos: “Me aburren los atormentados que no tienen delante de sí un dios por el cual incendiarse”... “Prefiero los cínicos, y mucho más aún los ociosos. Estas dos razas son dignas de compararse con las de los dóberman y los galgos. A estas alturas sólo bebo con quien tiene “una migaja de atolondramiento”, etc. Más adelante apunta en el mismo texto: “Leo con fruición ***Un extraño en la tierra. Biografía no autorizada de Juan Rulfo***...El autor es un erudito jalisciense Juan Ascencio, quien -hasta lo que llevo leído en este momento...- no se limita a vaciar en el lector una cubetada de anécdotas de Rulfo, sino a hacer una revisión pormenorizada de la niñez, la juventud y los primeros años de vida del escritor”... A continuación vuelve a la música y dice, muy optimistamente: “No he conocido a nadie insensible a la música...¿Cómo permanecer impávido ante Brahms?” Y termina diciendo: “Me sorprenden las dos de la mañana en El Gremio, barecito sabroso en la esquina de Revolución y La paz”. Esta combinación libérrima de temas e inquietudes, de ingenio y autenticidad, es un

ejemplo del mosaico de emociones y el carácter multifacético de Eusebio, razón por la cual más arriba hablaba yo de que este libro es simbólico porque refleja la amplitud de miras y la apertura espiritual de mi gran amigo.

Eusebio Ruvalcaba fue un escritor extraordinariamente fecundo y aunque resultó muy laureado en vida -obtuvo los siguientes premios: Cuento El Nacional, 1977, Punto de Partida de Teatro, 1978, Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez, 1991, Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí, 1992, Premio Internacional de Cuento Charles Bukowski de la editorial Anagrama, 2004- su obra no ha sido en realidad estudiada y evaluada a profundidad. En esta intervención no intento llevar a cabo este análisis ni estoy en capacidad de hacerlo, pero me gustaría sugerir a los críticos y estudiosos de la literatura mexicana la conveniencia de hincarle el diente a una obra que no me cabe la menor duda está llena de riquezas insospechadas y aciertos inolvidables.

Dije más arriba que Eusebio y yo poseíamos en común, entre varias pasiones, la melomanía. Teníamos gustos muy similares en la música. Nos encantaba la música de cámara y especialmente el clasicismo vienés y el romanticismo austríaco y alemán. Cómo disfrutamos oyendo y conversando de Mozart, Beethoven, Brahms o Schumann. Qué efectos inolvidables producían en nosotros los cuartetos de Beethoven -sobre todo los últimos-, los tríos de Schubert o los dos sextetos para cuerdas de Brahms. Pero lo que no dije es que, como ocurre a veces, nuestra melomanía era producto de una causa oculta pero evidente: ambos éramos o nos sentíamos en el fondo músicos frustrados. Él quiso estudiar violín como su padre y piano como su madre. Pero en cierta ocasión -nos narró a Alicia y a mí- don Higinio, su padre, lo oyó estudiar y, desde otro cuarto, le dijo: “Eusebio, estás desafinando” y aunque el joven estudiante de violín pensó que, en esta vez, a su padre no le asistía la razón, la observación paterna lo afligió y lo llenó de dudas sobre su vocación musical. Más adelante cuenta, al hacerse de un piano, lo siguiente: “Me acerco

al teclado y pongo las manos en las teclas de marfil. Por unos instantes no dejo de lamentarme haber abandonado su estudio; culpo a mis padres por no haberme obligado. Pero finalmente admito que si de verdad hubiera tenido vocación, hubiera sido músico a pesar de todo”. No logró serlo, pero en compensación fue un melómano apasionado y la música fue el ángel custodio de toda su producción literaria. Mi propia melomanía se debe probablemente a que también soy un músico frustrado. Como algunos saben, estudié años y más años el piano; pero con tan malos resultados que, después de vanagloriarme de ser “el peor pianista del Distrito Federal”, me retiré para siempre, en bien de la humanidad, del teclado.

La novela ***Un hilito de sangre*** es probablemente la obra más conocida y comentada de Eusebio. No dudo de su excelencia, pero creo que hay otras obras que se hallan en el mismo nivel o incluso en un sitio de mayor altura. Pienso sobre todo en ese impresionante poema que se llama ***Mariana con M de Música***, publicado en 2011. A mi entender, se trata de una obra extraordinariamente

compleja y apasionada. En esta ocasión no me voy a detener demasiado en ella por falta de tiempo y porque merece un tratamiento especial y riguroso. Es la crónica de un amor tormentoso, contradictorio, de fuertes contrastes y gran emotividad. Como en toda relación conflictiva, me atrevo a decir que el personaje fundamental de este poema es el amor-odio. En una lectura superficial del texto, podemos hallar tres momentos: la emergencia del amor, con elocuentes expresiones placenteras, eróticas y pícaras; a continuación la descripción incisiva y dolorosa del deterioro del amor y finalmente la crisis y la entronización de una unidad y lucha de contrarios que no excluye, sin embargo, un cierto resplandor de esperanza.

En lo que he llamado “la emergencia del amor”, Eusebio hace correr su pluma en este tenor: ***“eres tan linda que quisiera/poner la cuenca de mi mano/bajo tu boca/y atrapar la sonrisa que se escapa de tus labios”***. Apunta también: ***“Las letras de estas líneas/descansan sobre el pelaje/de tu pubis”***. Y con gozosa picardía nos suelta: ***“Perdóname por entrar./No sabía que estuvieras***

/completamente/vestida". En la plenitud del sentimiento amoroso se explaya en este tono: **"Sólo la música me golpea así. /Sólo la música cachetea tan brutalmente /mi corazón"**. Del erotismo se remonta con frecuencia a un amor intenso y acendrado: **"Mariana, la de las alas trémulas /capaces de desplegarse y remontar el vuelo /hasta donde las cosas cambian de nombre"**. Más de pronto, comienzan los conflictos, el amor inicia su proceso de deterioro y el dolor hace acto de presencia: **"Quisiera lamer tus heridas espirituales /y procurarte una dosis de alivio. Pero /me conformo con lamer tus pezones llorosos"**. Y, como siempre en estos casos, los celos entran en escena y perturban la relación: el poeta se queja de **"Tu boca que huele a semen que no es el mío"**. Y ya por este sendero plagado de ortigas asienta: **"Ese darse de topes en la pared/se constituyó en el pan de todos los días"**. Más adelante confiesa que: **"Dos días antes habíamos peleado/como hienas cuando se disputan/la carroña"**. Y en plena crisis raya el papel con la siguiente frase: **"Camino y a mi paso voy dejando un tufo de la tristeza. Del desmoronamiento interior...Al peina-**

***rme. Vi unos ojos huecos, sin alma, sin brillo, tan tristes/
como las canicas que un niño extravía”.***

El comentario que acabo de hacer es apenas un primer acercamiento, bastante superficial, a una poesía de enorme belleza y hondos alcances. Que yo recuerde, no hay nada semejante en la poesía mexicana. Nadie ha tenido la valentía de desnudarse poéticamente en público, mostrar sus llagas, darle rienda suelta a todo tipo de palabras, hasta las más obscenas y soeces, para mostrar el indecible dolor de un amor y una pareja en crisis, balconéandose a sí mismo y a su pareja. A este poemario le hace falta un análisis profundo no sólo estilístico y literario, sino social y, sobre todo, psíquico. Mi intención al hablar de todo esto es llamar la atención sobre una obra única en la poesía mexicana. Ojalá se me escuche.

Si más arriba sostuve que quizás había exagerado cuando escribí que la obra inicial de Eusebio era el escrito de un gran poeta, porque todavía, a decir verdad, tenía un largo

camino de maduración que recorrer, hoy no tengo la menor duda de que mi querido Eusebio

no sólo es un escritor de gran valía en las letras de nuestro país, sino un verdadero gran poeta.

Ciudad de México a 5 de septiembre de 2017